

Dios creó la luz y la vida: Alumno (2/12)

Dr. Justo L. González



Génesis 1:14-25
Lecciones Cristianas
9 de septiembre de 2018

Dios creó la luz y la vida (alumno)

(2 de 12)

Texto impreso: Génesis 1:14-25 (RVR 1960)

14 Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, 15 y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. 16 E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. 17 Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, 18 y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. 19 Y fue la tarde y la mañana el día cuarto. 20 Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. 21 Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. 22 Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. 23 Y fue la tarde y la mañana el día quinto.

24 Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. 25 E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Propósito de la lección

Esta es la segunda de tres lecciones en las que estudiamos el primer capítulo de Génesis y los primeros versículos del segundo capítulo. La semana pasada nos ocupamos de los primeros tres días de la creación. Hoy nos ocuparemos del cuarto y el quinto. Y la semana próxima pasaremos al sexto. En la lección de hoy trataremos acerca de los astros o “lumbreras” que brillan en el cielo, y después de los animales, tanto en el agua como en el aire y en la tierra.

Al hacer esto, nuestro propósito será principalmente ver el modo en que, como creyentes en la creación, hemos de relacionarnos por una parte con los astros del cielo, y por otra con la vida en la tierra.

Examen de la Escritura

Al examinar el pasaje que estudiamos hoy, debemos empezar por recordar que es parte de un pasaje más extenso acerca de la creación. En este capítulo 1 del Génesis, se presenta la historia de la creación en seis días – además del séptimo día, en que Dios descansa. La semana pasada estudiamos los primeros tres días, y hoy pasamos al cuarto y el quinto.

Puesto que todos estos días son parte de la misma narración, vemos que aquí se repiten algunos de los temas que estudiamos la semana pasada. En primer lugar, la narración es absolutamente abarcadora, pues no hay nada que quede fuera de ella. No hay nada que Dios no haya hecho. En segundo lugar, aquí también, como en los tres días anteriores, Dios crea mediante su Palabra: “dijo Dios”. En tercer lugar, al final de cada día de la creación, como en la lección de la semana pasada, Dios contempla lo que ha sido hecho y lo declara bueno: “Y vio Dios que era bueno”. En breve, el pasaje de esta semana, como el de la anterior, afirma que Dios es creador de todo cuanto existe.

Si resumimos el pasaje para hoy, podemos decir que el cuarto día se ocupa de los astros celestiales – primeramente el Sol y la Luna, y luego todas las estrellas – mientras que el quinto

se ocupa del reino animal. (El reino vegetal se presenta como parte de la obra del tercer día.)

Una cosa que nos ayudará a entender este pasaje es tener en cuenta que en él se está rechazando buena parte de la religiosidad de los pueblos en torno a Israel. Un elemento de esa religiosidad era el culto a los cuerpos celestiales, y otro era la idea de que de algún modo el mundo había surgido de una lucha entre los dioses y un gran monstruo del mal, que a veces se llamaba el gran monstruo marino. Los versículos que estamos estudiando contradicen y rechazan tales ideas. Ni el Sol, ni la Luna, ni tampoco las estrellas, son seres divinos. Son más bien parte de la creación de Dios, y están por tanto sujetos a los designios divinos. Lo que es más, Dios también ha establecido cierto orden que determina la función de cada cual. El Sol saldrá de día, y la Luna de noche. Y las estrellas tienen también su propio lugar y función.

También resulta interesante notar que el Sol y la Luna han sido creados para “señorear en el día y en la noche”. En la lección de la semana que viene, trataremos acerca de cómo el ser humano ha sido creado para señorear sobre la creación que le rodea. Pero al estudiar ese pasaje veremos que el señorío humano no se extiende a los cuerpos celestiales. El ser humano, creado como señor o administrador de la naturaleza en torno suyo, tiene sin embargo que sujetarse al orden que Dios ha creado.

Si el pasaje rechaza la idea de que los astros son dioses, también rechaza la idea de que el origen del mundo esté en la derrota de un gran monstruo marino. Hasta los monstruos marinos son parte de la creación de Dios, y por tanto están sujetos a él.

Por último, cabe notar que la capacidad que tienen los seres vivos de reproducirse es una bendición divina. Como vimos en la semana pasada en el caso de las plantas, también los animales reciben cierta medida de autonomía, cierta capacidad de ellos también crear. No se trata de una creación al nivel de la de Dios, ni de crear lo que les parezca, sino que se trata más bien de un poder que Dios les ha delegado de reproducirse y crear otras plantas y animales a semejanza de ellos mismos. Dios no crea cada planta y cada animal directamente, como si no hubiera otros antes de ellos. Al contrario, lo que hace es más bien darles a las plantas y los animales la capacidad de crear otros. Para subrayar esa dimensión única en las plantas y animales, el texto sagrado usa por primera vez el verbo “bendecir” (v. 22). Es un verbo que aparecerá de nuevo en la creación del ser humano, como veremos la próxima semana.

Aplicación

En el día de hoy se discute mucho acerca de la creación. Buena parte de esa discusión se debe, como ya hemos visto, al conflicto que algunos ven entre la doctrina de la creación y la teoría de la evolución. Aunque este no es el tema central de esta lección, es importante que entendamos la diferencia entre una teoría y una doctrina. La teoría pertenece a la ciencia, y porque la ciencia va evolucionando ella también evolucionará. La doctrina señala una verdad fundamental de la fe, y por tanto no puede cambiar. Sí pueden cambiar las interpretaciones de la doctrina, pero la doctrina sigue siendo la misma, y sus enseñanzas fundamentales no varían. La teoría es un modo de entender y explicar la realidad. La doctrina es una guía para la vida y para la fe en medio de esa realidad.

Una vez entendida esa diferencia, podemos pasar a discutir el texto que estamos estudiando y lo que significa para nuestra vida hoy. La doctrina de la creación implica que no hay otro Dios sino el Creador.

El pasaje que estudiamos hoy subraya esa dimensión importante de la doctrina de la creación. Si en la antigüedad los vecinos de Israel creían que los astros eran dioses, el Génesis rechaza eso afirmando que los astros son criaturas de Dios y que su comportamiento sigue los designios de Dios.

Esto es de suma importancia para los creyentes hoy, pues si no lo entendemos, aunque de palabra afirmemos la doctrina de la creación, con nuestros hechos la estaremos negando. Hay creyentes que parecen ser campeones de la doctrina de la creación, discutiendo con quienes afirman la teoría de la evolución, pero luego con sus propias acciones niegan esa doctrina. El caso más común es el de quien guía su vida siguiendo los consejos de los astrólogos y del horóscopo. Es interesante notar cuántos cristianos leen el horóscopo que aparece en los diarios, probablemente un poco por curiosidad y un poco para tratar de adivinar lo que el futuro les depara, o lo que han de hacer cada día. Sabemos de sobra que los cuerpos celestiales se mueven según cierto orden, cada uno de ellos en la órbita que les corresponde. Lo sabemos porque la ciencia lo afirma. Y lo sabemos también porque el pasaje que estamos estudiando también lo afirma al decir que Dios hizo el Sol, la Luna y las estrellas y les asignó sus funciones y su lugar. Pero a pesar de eso seguimos leyendo los horóscopos. Lo que es más, probablemente

sospechemos que quien escribe el horóscopo que vemos ni siquiera se ocupa de mirar a los astros. (Tuve un tío que por un tiempo trabajaba en el cuerpo editorial de una revista semanal. Entre sus tareas estaba la de escribir el horóscopo. Sencillamente inventaba algo interesante y medio misterioso que decir y luego, según le parecía, declaraba que ciertos días eran “favorables” y otros “desfavorables”. ¡Y el público leía con interés lo que mi tío escribía sin ton y son! ¡Cuántas decisiones, buenas o malas, deben haberse tomado sobre la base de lo que a él se le ocurría escribir!) Algo semejante sucedía entre los pueblos en torno a Israel cuando el Génesis fue escrito, y el Génesis se opone radicalmente a tales opiniones.

Por ahora, señalemos que, contrariamente a lo que a menudo se piensa, en este punto el testimonio bíblico concuerda con los principios de la ciencia. La ciencia no podría funcionar si no creyera que la naturaleza en torno nuestro sigue cierto orden. Y en el pasaje que estamos estudiando vemos que es Dios quien establece el orden del Sol, la Luna y las estrellas. Y es también Dios quien establece el orden por el cual las plantas y los animales se multiplican. En términos concretos, todo esto quiere decir para nuestra vida hoy que no tenemos que vivir bajo el temor de algún movimiento desfavorable entre los astros, ni bajo otros temores semejantes – como lo que pueda sucedernos si un gato negro atraviesa nuestro camino, o si en un avión nos toca de la asiento número trece. Nuestro Señor es también Señor de los astros, de los gatos y de los números.

Esa sujeción de todo el universo – los astros, los animales y hasta los átomos – al orden que Dios ha establecido se encuentra en la raíz misma de la investigación científica, cuyo propósito es precisamente descubrir y aplicar ese orden – aun cuando el científico mismo se olvide de que es un solo orden porque es obra de un solo Dios.

Afirmemos entonces la doctrina de la creación. Pero afirmémosla, no como si se tratara de una propuesta enemiga de las ciencias, sino más bien recordando que sin ella hasta la ciencia misma pierde sentido.

Oración

Gracias, Señor, por este mundo bello que has puesto en torno nuestro. Gracias por haberle dado un orden cuyos últimos misterios solo tú conoces. Gracias por la razón que nos has dado, que nos ayuda a entender algo de ese mundo. Y gracias sobre todo por la fe que también nos ha dado, que nos ayuda a vivir en tu mundo en fe y obediencia. Amén.